

COLABORACION

EL 2 DE MAYO DE 1808

Por MARIA MARGARITA ZORITA HERNANDEZ

Del Observatorio de Ciudad Real

*Oigo, patria, tu aflicción,
Y escucho el triste concierto
Que forman tocando a muerto
La campana y el cañón.*

Sí, aquel día 2 de mayo de 1808, sólo se oía en España el tañer de las campanas y el tronar de los cañones.

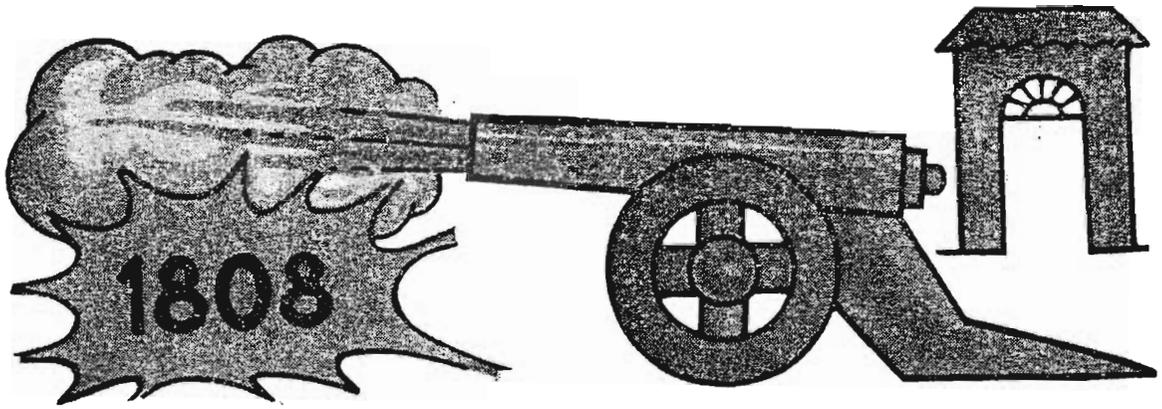
Creó fácil Napoleón señorear un país que su desmedida soberbia juzgaba incapaz de resistir a las invencibles huestes imperiales, y con pretextos que malamente ocultaban sus intentos de dominación, aventuróse en la empresa de agregar la Península Ibérica a los territorios inmensos que acataban su desmesurada soberbia. Llegó hasta el punto de querer cambiar la dinastía de los Borbones por la Napoleónica.

Soldados victoriosos en el Po, en el Rhin, en el Danubio, en el Saale y en el Elba pusieron su planta en el suelo español.

*Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando: ¡Venganza y guerra!*

Veinticinco mil soldados franceses apretaban con férrea cadena la capital de España, y para que todavía su acción fuera más eficaz y decisiva, habían obtenido de nuestra Junta Suprema que la mermada guarnición nacional, que seguramente no llegaría quizá a tres mil soldados, se encerrase dentro de los cuarteles, y que las autoridades ordenaran en las primeras horas de la mañana del día 2 de mayo que las fuerzas españolas se apartasen de todo movimiento que el nobilísimo pueblo intentara, llegando la previsión a tal punto que el mismo parque de Artillería se colocó un presidio francés para contener cualquier agresión militar.

En estas condiciones, ni al espíritu más audaz debía ocurrirle la idea de hacer frente al poderoso ejército de Napoleón. ¿Quién era capaz de suponer que un pueblo inerme sin preparación, sin dirección ninguna, acometiera la empresa más temeraria que cerebro humano pudo concebir?



Y, sin embargo, esa empresa se realizó, justamente frente al Palacio Real, donde estaba el coche preparado para conducir a Francia al joven infante Don Francisco de Paula, hijo de Carlos IV. Una española gritó: «¡Que nos lo lleven!» Ante el influjo de esta voz, manolas, chisperos, la nobleza (todos a una, como en Fuenteovejuna), se lanzaron en lucha desesperada contra los imperiales. Aquel hermoso y sublime acto significaba el sacrificio y abnegación de un pueblo que va a la muerte, con la esperanza de que su sangre generosa, enalteciendo el entusiasmo patrio, encenderá terrible guerra, en que al cabo habrá de quedar vencido el poder más ingente que vieron los siglos.

*¡Guerra!, clamó ante el altar
El sacerdote, con ira;
¡Guerra!, repitió la lira,
Con indómito cantar;
¡Guerra!, gritó al despertar
El pueblo que al mundo aterra.*

Las tropas francesas cargaron entonces contra el pueblo de Madrid. Pero ya era tarde; el ibérico león estaba herido; el guante que le lanzó Murat lo recogió con coraje.

*Y van roncas las mujeres
Empujando los cañones:
Al pie de libres pendones
El grito de «patria» zumba,
Y el vil invasor se aterra,
Y al suelo le falta tierra
Para cubrir tanta tumba.*

España entera se levanta en pie de guerra. En Móstoles, Andrés Torrejón; en Madrid, Daoíz, Velarde, Ruíz, Rojo, Clara del Rey, Manuela Malasaña, Monterrany, Eusebio Alonso, Gómez Mosquera, etc.

En Zaragoza, Palafox, Velasco, O'Neill, Saint-March, el tío Jorge, Borja, Calvo de Rozas, el padre Bogiero, Agustina de Zaragoza, la Condesa de Bureta, Manuela Sancho, Carmen Alvarez, etc., con esta patriótica jota le dicen a los franceses:

*La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.*

En Cádiz nadie se arredra, y gritan: «¡La bandera francesa no debe ondear en la bahía de Cádiz! ¡Es una afrenta!» En lo más recio del combate se oye cantar, sin miedo, a las gaditanas:

*Con las bombas que tiran
Los fanfarrones,
Se hacen las gaditanas
Tirabuzones.*

El Bruch; Bailén y Castaños; los Arapiles; San Marcial; Gerona y Alvarez de Castro; Astorga y Santocicles; Ciudad Rodrigo y Pérez de Herrasti; Badajoz y Menacho, y tantos otros héroes llevados por la fama, pasan a las generaciones sucesivas, demostrando cuán sublime es, en momentos supremos, la entereza de nuestra raza.

Goya, el gran pintor, que tan identificado se hallaba con el pueblo de Madrid y con tan vivos colores pintó sus costumbres y sus fiestas, inmortalizó su heroísmo y su duelo en sus dos cuadros «La lucha del pueblo con los mamelucos en la Puerta del Sol» y «Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío». En este último, Goya acertó a representar con extraordinario realismo los vivísimos y encontrados sentimientos que embargaban al ánimo de todas las personas del cuadro, pero esencialmente los de figura principal. Frente a los fusiles de los soldados franceses se alza, enérgico y valiente, un hombre del pueblo presentando el pecho a las balas, erguida la frente, erizado el cabello; los ojos próximos a salirse de las órbitas despiden miradas de ira y extiende los brazos como si quisiera ahogar entre ellos a sus verdugos, y con la boca abierta parece que dice: «¡Gabachos!, que no puede esclavo ser pueblo que sabe morir.» Goya trata de presentar, condensados en esta figura, la desesperación, el odio y la sed de venganza que en aquellos momentos sentía el pueblo de Madrid.

Para terminar, me hago esta pregunta: ¿Si el valeroso pueblo madrileño no se hubiera lanzado al sacrificio, vertiendo su noble sangre en esta terrible jornada, habríase producido el levantamiento de toda España, y habría desaparecido años más tarde el imperio de Napoleón?

Nadie podrá poner en caso de duda que fué decisiva la conducta del pueblo de Madrid en la suerte del gran Napoleón.

Por fin, terminó la guerra de la Independencia, y toda España cantó esta copla:

*Ya se fué por las Ventas
El rey Pepino,
Con un par de botellas
Para el camino.*



LOS REFRANES DEL ABUELO

Marzo ventoso
y abril paragüístico
sacan a mayo
florido y turístico.

(De «Ya»)